

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

12 reales fuertes

AL MES

EN LA HABANA.

\$5-25, papel, trimestre

EN EL INTERIOR

Francos de porte



DIRECCION

y Administracion

OBISPO NUMERO 50.

A DONDE

SE

DIRIGIRAN

TODAS

LAS COMUNICACIONES

Y

reclamaciones.

EL MORO MUZA.

PERIODICO DE LITERATURA, ARTES Y OTROS INGREDIENTES.

DIRECTOR PROPIETARIO:
DON MIGUEL DE VILLA.

FUNDADOR:
D. JUAN M. VILLER GAS.

CARICATURISTA:
D. VICTOR P. DE LANDALUZE

D. ANTONIO MARTINEZ DEL ROMERO.

Las letras españolas están de duelo, y la razón humana acaba de perder á uno de sus más valientes adalides.

El Sr. D. ANTONIO MARTINEZ DEL ROMERO, literato distinguido, eminente filólogo y laborioso anticuario, ha fallecido, en esta ciudad, el día 23 del pasado Marzo, á la 6 de la tarde.

El ilustre escritor ha muerto muy pobre, dejando desamparadas á su respetable esposa y á su hija, niña de diez y seis años, y ámbas residentes en la capital de la Metrópoli. Los postreros instantes del Sr. Martinez del Romero, fueron el espejo de su vida inmaculada; la muerte serena y apacible, como la muerte de los justos, y muerte gloriosa también, porque fué la solemnisima manifestacion de un espíritu pensador y racionalista, de un alma, ya desposada con la VERDAD.

La redaccion de este periódico, envía, desde estas distantes playas, á la apreciable familia del ilustre finado, el pésame más sincero y espontáneo.

Y para que los lectores y el público de esta Isla puedan juzgar la magnitud del dolor, que la patria literatura y la sociedad, sufren, con la muerte del Sr. Martinez del Romero, publicaremos en nuestro próximo número los apuntes que, sobre la vida del erudito escritor, debemos á la amable condescendencia de algunos de sus discípulos.

¡Que la gloria del talento le eternice en la Historia y que los corazones nobles le bendigan y le admiren!

EL MORO MUZA.

GRAN BAZAR PATRIOTICO.

El CASINO ESPAÑOL DE LA HABANA, ese distinguido centro de los leales, en cuyo seno arde constantemente el fuego del más puro patriotismo, brotando de él, con breves intermitencias, tras una noble idea un elevado proyecto, todo para honra y gloria de la heroica nación que nos cubre con su bandera, no ha olvidado nunca á los modestos soldados que sin

pretender famoso nombre, derraman su sangre en los campos cubanos, defendiendo una causa justa, y despues de sufrir las penalidades de la guerra, quedan inútiles para el trabajo. A la historia de sus hechos, en pro de esos infortunados hermanos nuestros, quiere añadir el CASINO una nueva y brillante página, realizando un pensamiento, explicado con galanas frases en la circular que hemos recibido y dice así:

“Sr. Director de EL MORO MUZA.

Muy Sr. mio: es un deber de los pueblos cultos, que estiman su honra y su decoro, atender con solícito afán á los que se sacrifican por los sagrados intereses de la patria. Todo corazón noble y generoso procura enjugar las lágrimas de la desgracia; pero cuando ésta es hija de la abnegacion y del heroismo, cuando se ha agotado la juventud y se han esterilizado las fuerzas de la vida, imposibilitándolas para la más santa de las aspiraciones del hombre, el trabajo, en defensa de una causa justa y civilizadora, la gratitud de los buenos acude presurosa á remediar tamaños males, y no hay sér humano que no tienda una mano compasiva á esos mártires del honor y de la lealtad.

Conociendo los sentimientos que le distinguen, tengo el gusto de dirigirme á V..... en nombre del Casino Español de la Habana.

Este patriótico instituto ha socorrido, desde su fundacion, ya con fondos propios, ya con numerosas dádivas recibidas, á los inutilizados en esta campaña—donde los soldados españoles pelean por la honra de cuantos en Cuba tenemos nuestro hogar, por la salvacion de nuestra hacienda y de nuestra familia, por la prosperidad de nuestros hijos—y ansioso de continuar la benéfica obra emprendida, ha acordado la celebracion de un gran Bazar, que se verificará en los espaciosos salones del edificio que ocupa.

Para que este laudable proyecto alcance el éxito apetecido, cuenta el Casino Español de la Habana con la munificencia y patriotismo de V..... y se permite, por lo tanto, suplicarle que contribuya al Bazar para los inutilizados en campaña con el objeto ú objetos que á bien tenga. Estos se recibirán en el Casino desde

la fecha de esta circular hasta el 20 del próximo abril, y se publicarán en los diarios de esta capital, imprimiéndose además en cuadernos sueltos, los nombres de los señores donantes con la relacion de los objetos que envien, de los cuales se hará cargo una comision especial que durante el plazo fijado, se hallará en los salones del Instituto desde el medio día á las 4 de la tarde.

El Bazar se abrirá solemnemente el 2 de mayo—fecha memorable y gloriosa—para cuyo acto tiene el Casino el honor de invitar á V.....

La idea de lealtad y el sentimiento de la gratitud tienen en V..... un dignísimo intérprete, y harto comprende que se trata de recompensar el valor, de mitigar la desgracia, de socorrer con el óbolo de la caridad á esos soldados españoles que han quedado inutilizados, defendiendo á esta provincia del monstruo de la rebelion y de la tea del sicario. El Casino Español de la Habana aspira únicamente á aliviar la miseria de esos modestos héroes, á quienes la guerra ha imposibilitado para el trabajo, á fin de que puedan exclamar al volver á su tierra natal: “En la campaña de Cuba quedé inutilizado; pero Cuba cuida de mi subsistencia. ¡Benditos sean tan nobles hermanos!”

Para este humanitario propósito solicita la cooperacion de V..... el Casino Español de la Habana.

Queda de V..... con la mayor consideracion su atento seguro servidor Q. B. S. M; el presidente del Casino Español, Juan de Ariza.”

¿Qué podemos agregar nosotros á lo que dice el anterior escrito, repartido con profusion, en toda la ciudad? Nuestras excitaciones serian pálidas al lado de lo que expresan los párrafos de la carta copiada.

Ademas, el vecindario leal de la Habana no necesita de otro estímulo que tener noticia de que se trata de consumir una obra patriótica y humanitaria, para que con levantado espíritu y generoso desprendimiento, acuda presuroso á depositar sus ofrendas ante las sagradas aras que las reclaman.

EL MORO MUZA.

JOSE FELIPE NUÑEZ.

Tal vez alguno de mis lectores crea, al ver el epígrafe de estos apuntes, que cito el nombre de José Felipe Nuñez como citar pudiera el de Emilio Castelar, el de Ramon de Campoamor, ó el de cualquier otro célebre literato de los tiempos modernos; pero á fin de que tal no suceda, quiero manifestar, ante todo, que semejante nombre está colocado al frente de mi escrito, cual si fuera el de *Ramon el Enano*, el de *Wenceslao Enamorado*, el de *Don Pancho el Billetero*, ó el de cualquiera otra notabilidad, churrigueresca y callejera, de la hermosa ciudad que, por la noche, pide una limosna de luz á la farola del Morro, acosada por la miseria del gas.

Ya veo que álguien, impaciente, desea conocer la biografía del aludido *sinsonte*. Yo conservo algunas notas, acerca de ella. Aquí están, pues. (Este *pues* es *camagüeyano* legítimo.)

Ignoro, por fortuna, en qué país vió la primera *enramada* el celeberrimo José Felipe; mas puedo asegurar, sin temor de equivocacion, que su musa nació en *menguante* y que su inteligencia es *sistemésina*. Desde que empezó él á mudar la voz, se entregó al feo vicio de hacer muy malos versos, y fué tan grande la rechilla que alcanzara, *con tan plausible motivo*, que se dedicó más tarde á apropiarse poesías ajenas, variándoles algunas palabras.—En esta tarca se hizo aún más patente su nulidad, pues las obras *plagiadas* y *arregladas* á su modo, no eran conocidas, despues de la operacion, ni del *padre que las parió*.—Por último, su manía de escribir para el público se reduce hoy á insertar, *por cuanto vos*, en la Seccion de Comunicados del *Diario de la Marina*, descripciones de fiestas y saraos; y buena muestra de ellas es la que puede verse en el número del citado periódico, correspondiente al sábado 25 de Marzo próximo pasado.

En esos párrafos, que llevan el título de *Bonita soíree*, el malhadado *escribidor* plagia, descompone y tritura las producciones de otros cerebros..... ¡Y con decir *que echa á perder* las obras de Arturo y de Fernando que caen en sus manos, está dicho todo!

Pero lo más gracioso es que el perínclito héroe de esta historia, para pintar la belleza de una dama, cita versos de mi camarada y compañero *Aben-Adel*, diciendo que son de "un inspirado poeta amigo suyo." ¡Embusto colossal! A mí me consta que mi estimado co-redactor no es amigo de José Felipe Nuñez, ni de ningun otro tipo por el estilo. Lo único que pasó, en cierta ocasion, entre ámbos, fué que el moruno escritor quiso aplicar una *carri-cia* á la cola del *sinsonte*, aburrido de sus impertinencias y tonterías.—Si esto se llama *amistad*, que baje el divino Alá y me lo diga.—Y aquí está la prueba más fehaciente de las *buenas entendederas* del autor de *Bonita soíree*.

Es cuanto se me ocurre decir hoy, respecto á él. Quizá otro día, con mayor acopio de datos, relataré el segundo capítulo de su peregrina historia.

ALMANZOR.

HISTORIA CORREGIDA Y AUMENTADA.

Si grande fué, en el proceso de los tiempos, el Imperio de Roma, mucho más grande era el imperio que sobre mí ejercía, una rubia, de diez y ocho á veinte primaveras, fresca, limpia y muy honesta, que se llamaba Antonia.

Tenía esa muchacha muy claros los ojos, límpida la mirada, suave y blanquísima la tez, finos los labios, un tanto gorda la nariz y flaca la voluntad. A pesar de esto último, era virtuosa en el doméstico hogar, seria y fria en las reuniones; y no se reía con nadie, sino con su

boca, pequeña, admirablemente formada y bastante parecida á las demas. Sus dientes, blancos como la leche sin café, de nacarado esmalte, completos, sin caries, nunca, dicho sea en su elogio, habían mordido otra carne sino la de vaca ó la de cochino.

Las manos, pecho, cintura y piés de *Antonía*, merecían, por su mágica belleza, que su dueño tuviese otro nombre más poético, ó menos prosaico, ó más eufónico. Con este motivo, combiné las letras de tan feo nombre, de modo que formasen el bonito anagrama de *Oantina*. Entónces, despues del anagrama, la empecé á enamorar, pábullo de la combustion de mi amor, que se trasmitió á su cerebro, sin chamuscar, por eso su alma, y *Oantina*, al fin y al cabo, me abrió las puertas del Paraíso, correspondiendo á mi amor.

Yo me volví loco, de contento; no cogí el cielo con las manos, pero sí cogí con las mías las de *Oantina* y le juré, por Dios, Alah, Brahma, etc, y por mi vida, que respeto mucho, amarla siempre, de noche y de día, á su lado y lejos de ella de cualquier modo que me encontrase, aunque me doliesen las muelas. El fuego de mi juramento, la fijeza de mis ojos, clavados en los de ella; y el nervioso hormigueo de mi cuerpo la convencieron de mi erótica pasion; y retirándome sus manos, miróme tenazmente, despidiéndose de mí hasta la noche siguiente (porque ésto sucedió en una noche); y mi futura suegra, sin advertir nada, tuvo la delicadeza de enderezarme esta indirecta.

—¿Cómo se pasan las horas! Acaban de dar las diez y media.

Yo dí media vuelta, cogí el sombrero, la saludé y llegué á mi casa, ebrio de amor y llevando en la cabeza el sombrero y un mundo de celestiales ilusiones.

* *

El amor de *Oantina* me dominaba; se enseñoreaba de todo mi cuerpo, incluso mis adoloridos callos; abría á la mirada ansiosa de mi espíritu, un horizonte risueño; abría también mis ganas de comer: hasta creo que me convirtió en buen mozo y me volvió ambicioso. Si en mi alma sentía el estímulo del amor ó la vanidad, que me excitaba á acometer empresas atrevidas y llenas de gloria. Compuse millares de versos á la hermosura de *Oantina*, que no me satisficieron. Escribí en prosa, una romántica novela titulada *Las risperas de mi desposorio*, que llamó la atencion en *Guatao*, en donde la publiqué. Despues me puse á estudiar el movimiento continuo del amor, la óptica ó miopía de los enamorados, llevándome este último estudio, contra mi voluntad, á los extraños fenómenos que se observan en las polares regiones.... del desengaño; y cuando me disponía á enseñar á *Oantina* mi trabajo sobre la óptica del amor, ví que *la infiel* se mofaba de mí, prestando atento oído á los piropos *incorrribles* de un joven *comerciante*.

Indignado, furioso, mordido por la venenosa sierpe de los celos, ardiendo en odio y coraje, contra mi osado rival; y reflexionando, más tarde, que semejantes arrebatos eran peligrosos y ridículos, me fuí á pasear á Guanabacoa, si bien agobiada el alma con el pesado fardo de mis cavilaciones.

Volví del pasco, y en la estacion de Regla, me formulé esta pregunta.—¿Está averiguado ya que sienten amor los hombres ocupados, por su voluntad, en comprar y vender, en sumar y restar guarismos y en leer y releer el *Avisador Comercial*?

Y no tuve más remedio que contestarme afirmativamente, pues conocía á un *corredor de oro* que acababa de casarse, por amor, con una linda y aristocrática jóven, cuya dote no pasaba de \$150.000, en relucientes onzas del codiciado metal.

* *

Y sin embargo, á los pocos días, anublóse mi cerebro, se encendió, en mi herido corazon, el volcan del amor propio ultrajado, y, por el cráter de mis labios vomité contra *Oantina* y mi odioso rival, las hirvientes lavas de las diatribas, las maldiciones y los sangrientos sarcasmos.

Enrístre la pluma y escribí á mi perjura amante una larga epístola, execrándola, poniéndola como nueva y acusándola de que había jugado conmigo, como juega con la ligera pluma el arremolinado viento. Y todavía escribí una burla, tan amarga como la verdad que encerraba, contra el desdichado niño que nos había unido, contra el niño..... Cupido.

Ella recibió mi envenenada carta, la leyó, la saboreó, la devoró, y rompió á llorar..... en los brazos de mi rival, porque este caballero, durante una semana la tuvo muy distante de la imaginacion, sin dirigirle ningun apasionado requiebro.

Por aquellos días, el oro subió al 180 por 100. p., siendo este *dureo* acontecimiento la causa de la frialdad del comerciante para con la llorosa *Oantina*; pues aquel buen señor había empleado toda una semana, y todo su meollo y todos sus *dorados* sueños, en verificar una *operacion*—hasta cierto punto, quirúrgica—que le ofrecía pingües ganancias.

Dígame, ahora, si era posible que mi rival se ocupase en eróticos devaneos. El amor puede avasallar el corazon de un hombre en cualquier parte, excepto en la calle de Mercaderes, que es un antídoto para el corazon.

Pues señor, mi carta produjo el apetecido efecto.—A los quince días *ella* y *él* convinieron en casarse, *dentro de algun tiempo y fuera de guasa*.

* *

Un amigo, que tambien yo los tengo, aunque no parezca mentira á nadie, me informó del proyecto de casamiento referido, que hasta entónces ignoraba yo. Le dí las gracias al amigo, y, una tarde, ciego, desatentado, loco y despues de comer, corrí á la casa de *ella*, y no la hallé, porque no estaba.

—Y ¿en dónde está? pregunté á una criada de la niña.

—En casa de.....

¡En casa de su amante! lectores de mi vida, es decir, lectores de este período de mi vida! ¡En casa de mi rival!!

—Pero, repliqué á la doncella (en metáfora)—¿se han casado ya? ¿Tan pronto? ¿Cómo no lo he sabido?

—¿Casarse? ¿Quiénes?

—Tu ama y Fulano.

—No, señor ¿Quién le ha contado eso? Ellos sí piensan en casarse, pero no ahora, sino mucho más adelante.

—Entónces..... entónces.....

—Entónces todo quedará arreglado, y santas pascuas.

—Pero, díme ¿ha habido alguna cosa, entre ellos?

—Ha habido muchas cosas.

—¡Ah! ¡Infame! seductor! ¡Morirás algun día.....! ó alguna noche: lo mismo se me da. ¡Ah! Cuéntame esas cosas, cuéntamelas.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Se me ha ordenado que no hable *del asunto* ni una palabra con nadie.

—Pero conmigo sí, puesto que soy álguien. Tóma, aquí tienes tres duros: habla, habla.

—Pues lo que ha pasado entre *la niña* y el caballero es muy sencillo.

—¿Cómo sencillo! ¿Te parece poco.....?

—Y su merced ¿qué sabe? Oiga. El niño Fulano enamoró á *la niña*, hasta que ésta lo quiso; pero *la señora* no sabía nada. Por fin, el niño Fulano se lo dijo, le pidió la mano de *la niña*, y *la señora* se la concedió.

—¿Y es eso todo? ¿No me decías que entre ella y él habían pasado muchas cosas?

—Y ¿le parece á su merced, poco, que la niña se case?

—No: me parece mucho; pero yo creía..... ¡vamos!..... ¿me entiendes?

—Ave María purísima, niño!

—Sin embargo, no comprendo por qué razón ella ya no viva en la casa de su madre; y sí, en la de su novio.

—¡Santa Bárbara! ¿Qué está diciendo su merced?

Digo lo que tú me has dicho; y nada más.

—¿Cuándo le he dicho eso?..... su merced me preguntó que dónde estaba la niña, y yo le respondí que en casa del niño Fulano, el cual se encuentra enfermo, con calenturas intermitentes: por esto la niña y la señora han ido á verle.

—Y ¿cuándo volverán?

—A las ocho, poco más ó menos.

—Pues bien, le dirás á la niña que.....

Al pronunciar las últimas palabras, llegaron madre é hija, á quienes saludé, con la cabeza y con algun embarazo. Les hice una visita, para mí inútil, puesto que no pude hablar con ella sobre su matrimonio. Durante mi visita, la señora y la niña hablaron en secreto, dos ó tres veces, mirándose, á hurtadillas; desde luego, contra las leyes de la educación y, por supuesto, contra mí.

Cuando llegué á mi morada, como dicen algunos novelistas ramplones y otros que no lo son, me acosté, fatigado de espíritu, con el cansancio de mi impotencia para evitar el dichoso matrimonio, y no pude dormir sino hasta las siete de la mañana del siguiente día.

Al despertarme, tomé un vaso de leche y la heroica resolución de no ocuparme, para bueno ni para malo, de Oantina.

En efecto, transcurrieron seis meses, sin tener noticias de ella, y ya la suponía casada y hasta divorciada, cuando una mañana, á las 9, la vi salir de los Baños de San Rafael.

Iba con su mamá; la miré, y comprendí, por su manera de andar, que todavía era soltera. ¿Qué linda me pareció! Me volví á preñar de ella, con violentísima pasión, y con el inquebrantable propósito de tirarme al mar, si despreciaba la nueva ofrenda de mi corazón.

Pero sobrevino un acontecimiento imprevisto, que desbarató mis proyectos, y que cortó el hilo de mi amorosa existencia.

Voilà; Ecco il problema: That ist the question; ó sin necesidad de tanta filología extranjera, vean ustedes lo que sucedió.

Después de mi encuentro en los baños, almorcé opíparamente, y, hecha la digestion, empecé á soñar despierto, creyéndome señor y dueño de Oantina.

A propósito: los enamorados deberían, siempre, alimentar ilusiones, al acabar de alimentar su estómago, porque entonces las ilusiones no se indigestan.

Me encontraba, decía, en la digestion de..... mis ilusiones: llamaron á la puerta, la cual naturalmente no contestó, pero yo lo hice por ella, y vi entrar á mi maldito rival, amarillento, azorados sus negros ojos, y vestido ceremoniosamente de negro, no de congo, sino de paño negro.

—Caballero, exclamó dirigiéndose á mí, por de contado. V. ama á Antonia: yo no la amo, y si me casase con ella, créame V., seríamos muy desgraciados.

—No comprendo nada, caballero—respondí.

—Pues bien, hablaré con precision y claridad. Yo no quiero casarme con ella, porque no la amo: yo no amo sino á las mujeres muy ricas, y ella no lo es, ni con mucho. Se la co-

do, cásese V., trabaje mucho hasta poseer un caudal de millonario. Yo le puedo facilitar á V., para empezar, diez mil pesos, bajo la garantía de un pagaré que V. firmará á mi favor, y cuyo vencimiento llegará, á los dos años de sus bodas. Si se convierte V. en capitalista opulento, además de pagarme mis diez mil pesos, sin intereses, yo me casaré, entonces, con su viuda.—(Esto lo pronunció mi rival, con la seriedad más chistosa del mundo)—De ese modo, continuó, Antonia será de los dos, y se ahorra V. el disgusto de desafiarse conmigo, en el caso de que no acepte mis proposiciones. He dicho, agregó, á guisa de académico orador.

Yo me quedé como quien ve visiones, y guardé silencio, por algunos minutos, sospechando que mi rival había perdido el seso.

—¿Y bien? exclamó.

—Caballero:—dije yo—no le entiendo; porque si V. no ama á Antonia ¿qué le importa que yo me case ó no con ella?

—Me importa mucho, porque hace algun tiempo que hormiguea en mi cerebro, el deseo de hacerme millonario, que nunca he podido lograr; pero hoy se me ha ocurrido el medio indicado, para realizar mis esperanzas: es el único, que se me ha ocurrido, caballero, y, por eso; en el supuesto de que V. no me ayude, le desafío.

—Pues bien, señor mío. No me da la gana de ser víctima de sus maquinaciones diabólicas y estúpidas. ¿Lo oye V.?

Por única repuesta, mi rival, se largó, sin saludarme.

Corrí á casa de Oantina, le relaté todo lo ocurrido; ella, lejos de sorprenderse, prorumpió en frenéticas carcajadas, me miró friamente, volvió á reírse; por lo cual la juzgué loca; pero ella, irguiéndose majestuosamente, con sus rubias trenzas en desorden, el pecho palpitante, me dijo, con voz robusta y sonora:

—Eres un hombre medroso, indigno de mi amor. Si hubieras aceptado las proposiciones de mi novio, tendríamos tú y yo, mañana ó dentro de pocos días, diez mil pesos; no hubiéramos satisfecho nunca esa deuda, y tampoco me quedaría viuda de tí, porque yo, con mis mañas, apaciguara la cólera de mi amante. Pero ya veo que tu ánimo es flaco, y tu naturaleza cobarde.

Más espantado de Oantina que de su novio, me despedí de ella, para siempre, sorprendido de que á mí, hombre sencillo y morigerado en amores, me sucediesen cosas tan estupendas.

Esperando la visita de desafío de mi ex-rival—porque desde mi última conversacion con Oantina, renuncié á su abominable amor—transcurrieron dos meses. Mi ex-rival no aparecía. ¿Habría desistido de sus extraños propósitos? ¿Le disuadirían de ellos, sus amigos?

Esto me preguntaba yo, todos los días. Al fin, llegó á mis oídos el rumor de que ella y él se apercebían..... para casarse.

Indagué; nadie me confirmó el rumor; pero oyer, una persona, de fidedigna palabra, me aseguró que la novia se estaba habilitando, con suma habilidad, para su próximo matrimonio.

Entonces, ayer mismo, se me ocurrió este comentario.—Pues, señor, no hay duda que el joven comerciante y negociante y comediante, ha dado en el busilis de sus proyectos: en hacerse rico, opulento, millonario, con su casamiento, á pesar de que la novia no tiene ni un céntimo de dote. Verdad que es muy linda.

¡Oh ciencia..... mercantil! Todo lo puedes, hasta convertir la matrimonial institucion en una brillante especulacion..... de oro!

P. S.—

Esta historietta, en que la verdad y la fábula

se confunden á las veces, es un desahogo de mi corazón, que sólo doy á la estampa, por complacer á un amigo mío, muy querido y muy..... alegre.

ABDERRAHMAN.

LA CENTE DE ACUJA.

TIPO PRIMERO.

Paca Díaz, chalequera,

Veintidos años de edad;

Manola con traje largo

Y con muchísima sal.

Bautizada en San Lorenzo,

Confirmada en San Millan,

Casada..... en ninguna parte,

Porque no es su voluntad.

Además de mil hechizos,

Tiene un modo de mirar,

Que á veces es de demonio

Y á veces angelical.

Tiene el aire desenvuelto,

Mucho garbo en el andar,

Habla poco y á cualquiera

Le suelta una bofetá.

Su Pepe es quien la acompaña

Cuando tiene que entregar,

Y se muere por su Pepe,

Que es una calamidad.

Su Pepe, vago de oficio,

Es simplemente un truhan

Que la derraenga á palizas

Y le gasta en jornal.

Pero la pobre le quiere

Sin poderlo remediar,

Y por más que la desloma

Cada vez le quiere más.

Ha tenido proporciones

Para poderse casar,

Pero por su Pepe deja

La proporcion mas formal.

Un boticario la quiso

Con buen fin, años atrás,

Buscando en ella un calmante

Que no le quiso calmar.

Por conseguir su cariño

Hubiera sido capaz

De gastarse un ojo suyo

Y el de boticario á más.

Pero Paca..... ¿que si quieres!

No le quiso ni escuchar:

Su Pepe la sorbió el seso,

Y nunca le faltará.

Y confiesa que es un pillo,

Y se lo suele llamar;

Pero que álguien se lo llame

No lo tolera jamás.

Van de merienda á menudo,

Y casi siempre que van,

Al volver, dan espectáculo

A toda la vecindad.

Así seguirán viviendo,

Y acaso sucederá

Que Pepe al fin se decida

Y se lleguen á casar.

Sin embargo, lo más fácil

Es que sigan como están:

Ella constante en sufrir

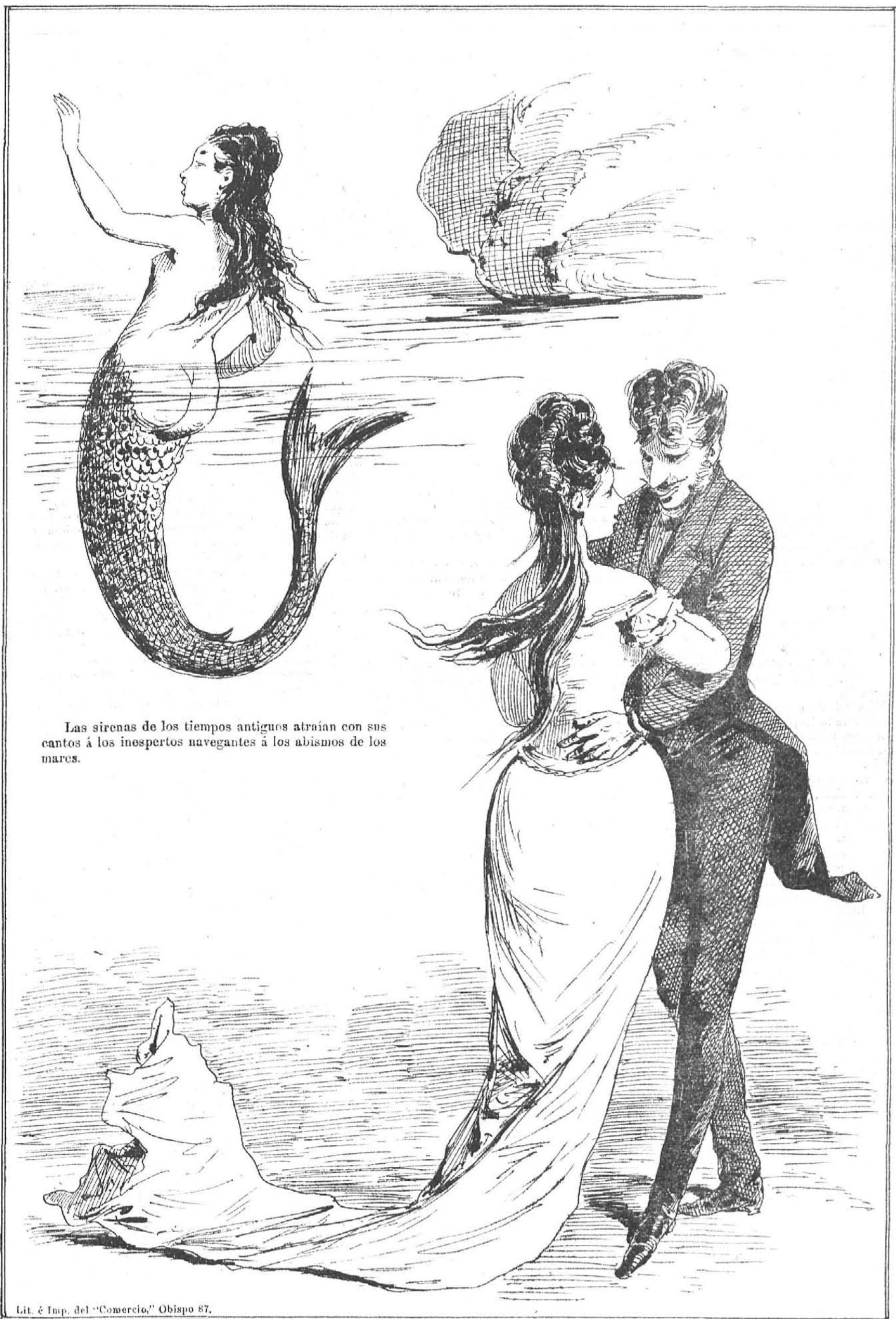
Y él más constante en pegar.

BOABDIL EL CHICO.

(Madrid.)



YOUNG AMERICA.—Seáis bien venida, amiga mía, la industria y las artes estrecharán nuestros lazos que el mútuo aprecio sostiene y que las intrigas de los políticos de baja estofa no han podido romper.



Las sirenas de los tiempos antiguos atraían con sus cantos á los inespertos navegantes á los abismos de los mares.

Lit. é Imp. del "Comercio," Obispo 87.

Las sirenas de los tiempos modernos atraen con la danza á los inespertos pollos á los abismos del matrimonio.

COSTUMBRES.

EL POETA DE AFICION.

I.

¡Miradle! Tres horas ha que, apoyado de codos en la mesa, con la cabeza sepultada entre ámbas manos y cerrados los ojos, se halla entregado á profunda meditacion. Sólo de vez en cuando sale de ella, por breves momentos, para escribir en un papel, que tiene ante sí, unos cuantos renglones desiguales.—La aritmética de Bourdon, el álgebra de Giroude y algunos otros libros científicos, se encuentran esparcidos sobre la mesa, en confuso desorden.

El novel poeta se levanta, por fin, de la silla, y se pasea agitado del uno al otro extremo de la estancia. Sus movimientos son descompasados; giran inquietos sus ojos en las órbitas, y á veces, deteniéndose en trágica postura, declama, con voz altisonante y campanuda, seis ú ocho versos, que en aquel momento no trocaría el por la más sublime oda del divino Herrera.

Corre despues presuroso hácia la mesa, los escribe debajo de los otros, y torna á sus paseos por el cuarto.

La cosa no es para ménos.

D^a Melchora Berruga, viuda de un capitán, tiene una hija llamada Anaclea, y hoy es precisamente el trigésimo cuarto aniversario de su fausto nacimiento. ¡Cómo, pues, esta noche ha de faltar Luisito, que así se llama el poeta aficionado, á la reunion que para solemnizar tal día tendrá lugar en casa de D^a. Melchora? ¡Y cómo no ha de llevar un idilio, por lo ménos, dedicado á la jóven Anaclea, que le pagará el sofocon que le ha costado, con una tierna mirada de sus tiernos ojos?

Luisito ha faltado esta tarde á la clase de matemáticas: relleno su cerebro de ideas poéticas, no podría dar entrada á los prosáicos problemas, ni á las áridas demostraciones que contienen aquellos libros, abandonados con desden y odio.

¡Miradle! Se encuentra en este momento en el colmo de la inspiracion: levanta los brazos, se detiene, mira en torno suyo con espantados ojos, tiemblan sus lábios, y lanza un profundo rugido.

De repente se abre con estrépito la puerta, y una mulata, rolliza como pocas, y como pocas zafia, penetra en la habitacion.

—Señorito, la sopa está en la mesa, dice con voz robusta.

Un jarro de agua vertido sobre un áscua no apaga tan pronto el fuego, como apagaron las palabras de la mulata la hoguera de inspiracion que ardía en aquel instante en el cerebro de Luisito.

—¡Maldita seas! exclama éste con cavernosa voz, volviéndose hácia la criada, que se retira persignándose y creyendo firmemente que su señorito se ha vuelto loco.

Quiere éste recordar el pensamiento que ahuyentó con su presencia la muchacha, mas no puede. Refriégase una contra otra las manos, estira en actitud desesperada los brazos, dase palmadas en la frente, pasea más agitado que ántes, declama los versos ya escritos, se mesa los cabellos, arrancándose algunos en un momento de arrebató, que le vuelve en sí, y convencido al cabo de que no conseguirá recordarlo, abandona por entónces su tarea y se dirige al comedor.

La vista de los amarillos fideos, el antiliterario aspecto de los garbanzos, acaban de alejar de su mente todas aquellas imágenes, fruto de un instante de locura.

Más sereno despues de la comida, logra por fin dar término á la composicion, y copiada por él mismo con exquisito esmero, vuelve á leerla y renace su entusiasmo. Ya resuenan en su oído los atronadores aplausos de los concurren-

tes á la reunion de D^a. Melchora, aplausos ganados por el infeliz poeta con el sudor de su frente.

II.

Son las ocho de la noche, D^a. Melchora va y viene de un lado á otro, estampando sonoros besos en la mejillas de todas las damas que llegan á la reunion.

La sala se halla profusamente iluminada con media docena de bujías de la Estrella, dos de las cuales arden sobre el deteriorado piano, cuyo teclado, sucio y amarillento, recorren en aquel instante las huesudas y largas manos de Anaclea.

En el gabinete, alumbrado por un quinqué, están sentadas las mamás, figuras extrañas que se destacan en el fondo oscuro de la estancia, como las de esos viejos tapices que sirven de cortinas en las puertas de las iglesias.

Las mamás á primera hora se observan en silencio; pero despues hablan, y, por fin, se duermen. Esta regla tiene, como todas, sus excepciones: mamá hay que no cierra el ojo en toda la noche, por no abandonar un momento las profundas observaciones que hace desde el tenebroso gabinete.

Las niñas ocupan la sala, y á imitacion de sus madres, al principio de la noche, hablan poco ó nada, se miran con ojos escudriñadores, reparan hasta los menores detalles de los vestidos ó peinados, y en esos momentos, en que aun no ha llegado ningun hombre á la reunion, es cuando la envidia y el amor propio hacen de las suyas.

Por supuesto, lector, que entre las niñas hay muchas que rayan en los cuarenta, aunque se han plantado en los veinte y cinco. Estas son las que forman el gremio de las desesperadas.

Pero, ¿qué sucede? ¿Por qué todas se agitan en sus asientos y dirigen los ojos hácia la puerta de la sala? ¡Ah! Es que entra Romerito, como ellas le llaman, subteniente de infantería que, vestido de uniforme, penetra en la reunion, como un conquistador en la ciudad rendida.

A su vista, todas las bocas se dilatan con una dulcísima sonrisa de placer, sonrisa que se aumenta cuando ven que no viene solo, como de costumbre, sino que le acompaña un teniente del mismo cuerpo. Sale D^a Melchora del gabinete, al encuentro de ámbos, con la cara contrainda por el gesto más risueño que ha podido encontrar; presenta Romerito á su amigo, y acto continuo empiezan á pasar revista, como ellos dicen.

Cuando los dos militares cruzan por delante de ellas, las de quince á veinte años que son pocas, bajan los ojos temblorosas de emocion; las de veinte á veinte y cinco figuran no mirarlos y los miran; las de veinticinco á treinta fijan en ellos una mirada de dulce confianza, y las que pasan de treinta les devoran con los ojos.

III.

Ya empezó el baile. Al compás de una agitada polka, se revuelven en la reducida sala una docena de parejas, que se pisan, se empujan, se destrozan, sin notarlo siquiera. ¡Tal es el entusiasmo que las mueve!

Sentadas al rededor de los que brincan, con la tristeza retratada en el semblante y la rabia en los ojos, se encuentran las que, algunos años ántes, bailaban miéntras otras las veían, como ellas ven ahora á las que bailan.

Tú y yo lector, sentados también, escuchemos algunas frases que llegan á nuestros oídos, cuando las parejas cruzan rápidamente por delante de nosotros.

Una pollita.—Muchas gracias.

El.—¡Encantadora!

Otro.—Responda V. por Dios.

Ella.—Más tarde.

Otra.—Todos Vdes. son iguales, todos.....

El.—¡Oh! yo le juro á V.....

Una.—Miéntras duerme papá la siesta.

El.—Sin testigos.....

Otro.—Estaré á las cuatro, junto á la zapatería.....

Otra.—Por el zaguán.

Cesa la música; cada cual lleva á su asiento á su dama, y como á D^a. Melchora le gusta, segun su fina expresion, *entre col y col lechuga*, en el intermedio de una á otra contradanza se va á cantar y á leer las composiciones.

IV.

Ya sale al piano Eufemia, jóven de lánguido aspecto y cara de no muy buena salud, y desarrolla el papel de música, en tanto que el pianista, que va á acompañarla, hace oír algunos ligeros preludios.

D^a. Melchora impone silencio: la voz débil y temblorosa de Eufemia entona, ó por mejor decir, desentona la hermosa ária de «Favorita:» «¡oh, mio Fernando!»

—No tiembles, hija mia, figúrate que estás sola, le dice su mamá desde el gabinete.

Y la niña se agita más con ésto, y la voz no sale del cuerpo, teniendo al fin que retirarse del piano, sin concluir, entre los aplausos de todos, que elogian su timidez y su modestia, ya que no pueden, sin que parezca burla, elogiar otra cosa.

Romerito, el subteniente, sale entónces al centro de la sala, y sacando del bolsillo un papel, se dispone á la lectura. El silencio es profundo; la voz del guerrero vate, estentórea y broncea, como si estuviera mandando á reclutas, resuena en la habitacion.

«ODA Á NUMANCIA,» lee. Y cada estrofa es interrumpida por los bravos de los espectadores, que, á la mitad de la composicion, tienen las manos hinchadas de aplaudir. Jamás poeta alguno recibió ovacion semejante; el entusiasmo raya en delirio, y la voz del subteniente, dominando el ruido de los aplausos, es una especie de trueno prolongado. La oda concluye, y á sus últimos versos sigue un estrepitoso palmeteo, con lo que el poeta se retira haciendo cortesías. La mayor parte de las niñas, y aun algunas mamás, despues de colmar de elogios la obra leída, suplican al autor que les regale una copia de ella.

Salen despues Luisito, que desde el principio de la noche ha estado junto á Anaclea, á la cual no ha querido, para mayor sorpresa, enseñar la composicion que ha hecho, segun él, en un momento, y un tanto conmovido empieza la lectura.

A la Señorita Doña Anaclea de Berruga, en su día.

Acaba de leerla, y si grande fué la ovacion obtenida por el subteniente, no es menor la que alcanza Luisito.

Mas ¡ay! que no contaba con la huéspeda. Apenas terminada la lectura, grita una voz: ¡que improvise! Y el infeliz, acosado por todos, no tiene más remedio que lanzar uno tras otro media docena de versos feroces, haciendo en su interior firme propósito de no volver á reunion alguna, sin llevar aprendidas de memoria tres ó cuatro improvisaciones.

V.

Son las seis de la mañana. Luisito, que no ha podido conciliar el sueño, exclama despues de infinitas reflexiones y cálculos:—«Nada, estoy decidido. Desde hoy empiezo un drama y me dedico exclusivamente á la literatura. ¡Acaso no son suficientes pruebas de lo que valgo los aplausos que alcancé anoche?»

Y enloquecido por aquella ovacion, obtenida de unas gentes que no saben el daño que pueden hacer con sus aplausos, Luis empieza á escribir una cosa que él apellida drama; abandona los estudios que le prometían un porvenir tranquilo y se lanza frenético á esa senda espínosa, cuyo término logran tocar tan pocos.

Después de muchos años de ilusiones alimentadas por la esperanza y los amigos, cuando Luis vuelva en sí, querrá retroceder y será tarde. Entonces comprenderá que en esas reuniones, el mismo éxito obtiene una poesía de verdadero mérito que un desatino creado en un momento de delirio; entonces conocerá que allí se aplaude todo y que aquellos aplausos de reglamento, por decirlo así, son una gloria ficticia que ciega al poeta aficionado, conduciéndole muchas veces hacia un camino que nunca debió pisar.

ABU-ABDALLAH.

MI ADIOS A LAS CUBANAS.

Tú eres el aroma suave,
ritmo de este mar Caribe.
Fris de paz, linda nave;
no niegues al que hoy te escribe
amor que jamás se acabe.

Anónimo.

Habiendo sido declarado cesante por motivo del nuevo arreglo, con el haber que por clasificación me correspondía, y no correspondiéndome ninguno, he tenido á bien, es decir, á mal, determinar mi viaje ultra-mar y plazca á Dios no sea ultra-tumba, por la honda pena que me produce separarme de vosotras, en quienes tantas virtudes y bellezas he admirado, y de quienes tan espléndida como generosa hospitalidad he recibido.

No soy músico ni ese es el camino, pero trepando por el Helicon y el Olimpo y la cordillera toda de las montañas literarias, hasta donde lo permita mi pulmón artístico, enarbolaré la bandera del imperio de vuestra belleza, que no tiene rival en el mundo, de vuestro talento superior, de la vitalidad y lozanía de vuestras facultades morales que responde, con la fidelidad del eco, á la vitalidad esplendorosa del suelo tropical.

En cuanto á mí, no pascéis cuidado; volveré á mis labores, abriré nuevamente mi barbería con este rótulo: "MOHAMED, barbero en general," buscaré á mis antiguos feligreses y si fuere tan desgraciado que no encuentre á quien afeitar, me afeitaré á mí mismo.

Me dedicaré á la guitarra y á la vez á la lira, pulsando la cual, os remitiré para que leáis en las columnas de este filantrópico MORO, cuya bondad es más evangélica que la de otros cristianos, artículos de costumbres de la villa y corte de Madrid, el país de los toros, de los cesantes, de la arena y otros productos tanto ó más notables.

También os enviaré—si el tiempo lo permite y el hambre no lo impide—revistas denominadas de Salones, incluyendo desde los de Capellanes, donde se baila el can-can por todo lo alto, hasta los salones de la aristocrática y distinguida sociedad, donde se baila por lo bajo.

También echaré mi cuarto á espadas en lo relativo á crítica musical, profanando esta profesión, desde lo sublime del teatro Real, hasta la Zarzuela, los Bufos y los teatritos de café con tostada y con pieza en un acto.

Por si acaso me falta algo para que me llameis estuche ó ungüento blanco, enviaré para vuestro solaz algunos parralillos, cogidos al vuelo, de la crónica escandalosa, retratos de los muchos bohemios que por allí pululan, é igualmente de los sietemesinos, que forman esa inacabable batalla de damas, entretenimiento dramático del gran mundo. Y para acabar el repertorio darémos alguna puntada acerca de los misterios de la Corte, y de las miserias vergonzantes, que allí no abundan en gracia de Dios.

¿Y tú?

Yo siempre me acordaré de tí; tu imagen siempre estará presente en mi memoria; la pureza de tu frente, celos para el nácar, enojo

para las estelas del mar; aljófara de la primavera tus dientes; todo eso, mucho menos que la bondad de tu alma, siempre acusando una excepción de la naturaleza, en el fuego de tus ojos negros y deslumbradores, todo esto estará presente en mi memoria.

Adios, pues; contad con un servidor más y con un empleado menos, segurísimas de que, entre las principales emociones de mi vida, la más placentera, extraordinaria y fuera de abono será la de que hagais uso de mi inutilidad.

MOHAMED.

EPIGRAMAS.

Fué Joaquín tan testarudo
Que hizo divorciarse á Zoa,
Porque se empeñó en meter
La Habana en Guanabacoa.

De poner en compromisos
Juana á su marido Diego
No cesa, aunque pasan años,
Pues siempre le está poniendo.

Perdió César su destino
y de pretender no cesa,
porque dice con razón:
A César lo que es de César.

ZELIM.

Una lavandera ayer
La camisa á Juan perdió,
Quién al saberlo exclamó:
"Se ha arruinado esa mujer!"
Yo no tengo otra, y es llano,
Por consecuencia precisa,
Que al perderme la camisa
Ella perdió el parroquiano."

El matrimonio civil
Viendo, por fin, proclamado
¡Ay, cómo hemos progresado!
Exclamó el compadre Gil.
—Hombre, contestó Pascual,
Está bien; pero, á fé mía,
Que más progreso sería
Declararlo criminal.

AMURATES.

QUINTILLAS.

Porque soy de antigua fecha
y tengo tan mala fecha,
la tirana que me flecha,
de su reja me despacha
y esto, en verdad, me despecha.

Es mucho lo que me pasa
y yo por ello no paso,
que si mi pecho se abrasa
corro derecho á su casa,
hablo á su madre y... ¡me caso!

¿Casarme?... ¡Libreme Apolo!...
A tal remedio no apelo
por mal que me encuentre solo;
no quiero pasar por bolo
cuando me pongan el volo!

Puede, al fin, con calma poca
burlarse, y me importa poco;
¡si el amor no me sofoca,
por más que se vuelva loco,
no podrá volverme loco!

SOBED.

INGREDIENTES.

La incansable empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, acaba de dar una nueva prueba del desinterés y constante desecho que la anima, para contribuir al fomento de las bellas artes.

Un certámen artístico, en el que ofrece tres premios de importancia, á las tres mejores alegorías que presenten en su dirección, sobre la suspirada paz, anuncia en su número VII del año XX, que sobrepuja, si cabe, en mérito literario y artístico, á todos sus anteriores.

Consta además dicho número de un lujoso suplemento, por lo cual puede con orgullo asegurarse que LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA es el periódico más selecto de los que, en su clase, se publican en Londres, Berlín y París.

Felicitemos á su empresa por sus continuados triunfos y nos alegraremos muy mucho de que el público ilustrado le preste todo el apoyo que merece por sus sacrificios é inteligencia.

Varias veces nos hemos ocupado de las notables operaciones, verificadas en la Habana por el eminente oculista Dr. D. Aniceto Mascará, que llegó no hace mucho á las playas de Cuba, precedido de invidiable fama europea; y algunos de nuestros lectores habrán creído exagerados los elogios que hemos tributado á ese distinguido hombre de ciencia. Pero á fin de que se desvanezca toda duda, vamos á relatar el hecho de una portentosa curación llevada á cabo por el mismo, á principios de la semana pasada. Un caso de *blefaroplastia*, practicada en el ojo derecho de un individuo, ojo atrofiado en un tercio, completamente descubierto por falta de párpado. (No se dirá que El Moro desconoce el tecnicismo médico).

Hagamos historia.

D. Julian Rodriguez y Griñon, de 24 años de edad, sargento de la Guardia Civil, vecino hoy de esta ciudad, Calzada del Monte, número 102, tienda *La Elegancia*, recibió una herida, en Junio de 1873, que le rasgó el párpado superior del ojo derecho: fué trasladado al Hospital Militar, en el distrito de las Villas, y más tarde operado por un oculista en la Habana. El enfermo dice que se encontró peor después de la operación citada; y el estado en que se hallaba, al ponerse en manos del Dr. Mascará, lo revela el retrato fotográfico que guardamos, y pueden examinar en esta redacción las personas que lo deseen. En la actualidad se encuentra completamente bueno.

Nuestro semanario no es un periódico de medicina; pero aunque no lo es, se complace en rendir su tributo de admiración al talento y al mérito, donde quiera que se levanta, para bien de la ciencia y de la humanidad.

Chascarrillo que tiene pelos.

Junto á una mesa del *Salon Payret*, están cuatro amigos, esperando la hora señalada, para salir de rumba, con rumbo á la Chorrera.

Un mozo trae lo que cada cual ha pedido, para tomar la mañana.

Bautista, que así se llama uno de los cuatro, al ver en su copa varios pelos, exclama:

—Oye, *chiquito*, otra vez traes los pelos en plato aparte, para que se los sirva quien quiera.

Una señora acaba de vestirse á la última moda, para asistir á una de las espléndidas reuniones que da el *Cercle français de la Havane*. Su marido, al verla, dice:

—Mujer, por amor de Dios, quítate ese traje y arréglate de otra manera. Me avergonzaría de presentarme contigo en cualquier parte, con ese corpiño tan escotado y esa falda tan ceñida, que se te señalan los muslos, las caderas y demas comestibles.

—Marido de mis pecados, bien se conoce que no examinas los últimos figurines de París. Esto es lo que priva hoy. Y por otra parte, las palabras salidas de tus labios, revelan tu completa ignorancia de lo escrito en la Santa Biblia, respecto á nuestros primeros padres.

—¿Por qué?

—Porque, según el Génesis, Adán y Eva, estaban en cueros en el Paraíso y no se avergonzaban de ello.

—==—

En la calle de la Muralla.

—¿Demetrio!

—¿Policarpo!

—¿Cómo te va?

—Bien ¿Y tú?

—Perfectamente.

—¿Y aquella chica modista, que te trastornaba el seso? ¿Sigue siendo todavía el objeto de tus amores?

—Sí, pero ha dejado la costura. Esta ocupación le dañaba el pecho; la ha abandonado; y ahora hace trabajos gimnásticos, bajo mi dirección. En los ejercicios de cintura es admirable.

—¿Magnífico! Pero ten cuidado, porque puede sobrevenir un desarrollo peligroso.

—==—

Santa-Clara, la bella ciudad que besan las murmurantes ondas del Bético y los suspiros de las brisas que impregnadas de perfumes, descienden de las cúspides de Peña-Blanca y del Capiro, acaba de sufrir el cruel azote de la enfermedad variolosa, que ha causado innumerables víctimas. Y para mayor desgracia, después de esa cruel epidemia, otra casi tan mala ha caído sobre aquel pintoresco pueblo. ¿Sabeis cual es? La de los folletines de *C. y V.*, *sinsonete mayor* de las *enramadas* del Escambray.

¡Oh, terrible azote! Ese *triturador* de la rica lengua castellana, ha producido más *cacarañas* en la literatura, que la misma viruela en la piel de sus atacados.

—==—

Con honda pena supimos, á fines de la semana anterior, la muerte de D. Juan Bautista Royo, capitán del Batallón de Voluntarios de Regla, que se halla en campaña, y de dos individuos más del citado Cuerpo, asesinados vilmente por los rebeldes, á inmediaciones de la Macagua.

Lamentamos esa desgracia y celebramos la determinación de conducir á esta ciudad el cadáver del desdichado Royo, para darle sepultura; pero ¿por qué no se hizo lo mismo, respecto á sus dos aludidos compañeros, víctimas, como él, de su amor á la patria y también queridos hermanos nuestros?

Hay cosas que no tienen satisfactoria explicación.

—==—

Tenemos noticia de que un joven escritor, recién llegado de la Península, trata de publicar en breve, en esta ciudad, un periódico titulado *El Torbellino*, que se dedicará con preferencia á la crítica teatral.

También verá pronto la luz, en la villa de San Antonio, un *Boletín* consagrado á los intereses de aquella población.

Desearnos que ámbos se porten bien y que prosperen.

—==—

Nos escriben de una ciudad del interior, que un *sinsonete* de aquellas *enramadas*, destroza á *picotazos* los números de *EL MORO MUZA* que en cierto instituto caen en sus garras, cuando este semanario le dispara algún tiro.

¡Pobrecito! ¡Cómo pierde su trabajo! ¡Si á Santa Clara (¡ya se escapó el nombre!) van muchos ejemplares de cada edición de nuestro

periódico, y de hoy en adelante mandaremos más!

Al que no quiere caldo, tres tazas.

—==—

A propósito de la anécdota de Rubens, que insertamos en un número anterior, vaya otra parecida, referente á nuestro insigne Rivera, conocido en todo el mundo por el apodo de *El Españolito* (*espagnoletto*) que le dieron los italianos, á causa de su corta estatura.

Rivera entró, según dicen, en casa de un gran pintor en clase de criado, y su principal ocupación era la de molar colores.

Un día, su maestro, que estaba haciendo un retrato, tuvo que salir de pronto, y dió al *espagnoletto* el encargo de coger un plumero y estar espantando las moscas que, acercándose á la pintura fresca, pudieran ensuciarla. Y bien: ¿qué hizo Rivera cuando estuvo solo? Tomó los pinceles y pintó una mosca en uno de los carillos del retrato, después de lo cual, agarró el plumero y se puso á hacer como que espantaba las moscas.

Volvió el maestro, y viendo la mosca pintada por Rivera, le arrebató á este el plumero exclamando:

—¿Qué modo de cumplir mis órdenes es ese? ¿No ves, maldito *espagnoletto*, que las moscas se burlan de tus sacudidas?

Y se puso á sacudir el plumero con una furia espantosa. Pero, por mucho que él sacudía, la mosca no se retiraba, viendo lo cual, el buen hombre, fué á quitarla del lienzo con sus uñas.

Entonces, asombrado, preguntó: ¿quién ha hecho esta maravilla?

—Yo, contestó Rivera, pidiendo perdón por su atrevimiento.

—¡Ah, no! replicó el pintor italiano, por lo que tendrías que pedirme perdón es por hacerme repetir el trabajo hecho, pues ese retrato, con esa mosca pintada por tí, no saldrá de mi casa, ni lo daré por todo el oro del mundo.

—==—

Con el fin de que nuestros favorecedores hallen más variedad en la lectura de este semanario, un escritor que ya pertenecía á nuestro moruno gremio, y dos más que han ingresado recientemente en él, se han hecho cargo de confeccionar, alternando, los *cuadros de costumbres*, describiendo no solo las de este país, tema ya casi agotado, sino también las de las ciudades de la Madre Patria y otras. De este modo creemos servir mejor que hasta aquí á nuestros constantes amigos.

—==—

Por convenir á los intereses de este periódico, ha dejado de pertenecer á su redacción el Sr. D. Francisco de P. Gelabert.

SOBREMESA.

EL MORO MUZA.—Compañeros, comienzo la charla, recomendando á todo el gremio la asistencia á las funciones que hoy y mañana deben verificarse en el teatro de Tacon.—La primera es á beneficio de D. Lucio Ibañez, el cual se embutirá en una cajita de diez y ocho pulgadas en cuadro, según lo ha verificado otras veces.—El producto de la segunda, se dedica á la viuda é hijos de D. Vicente Rimbau, empleado que fué, durante muchos años, del referido coliseo. *Los dos doctores y Marinos en tierra* constituyen lo principal del programa, ofreciéndose además á los concurrentes al espectáculo, el regalo de varios billetes del extraordinario sorteo DEL MILLON.

SOLIMAN.—Allá iremos, señor presidente; y ya que de Tacon se habla, quiero poner en conocimiento de la asamblea, si acaso lo ignora,

que en ese templo del arte principiará á trabajar, pasada la *semana* que llaman *santa* los cristianos, una buena compañía lírico-dramática que acaba de formarse, estando á su frente el gracioso y aplaudido Joaquín Ruiz. Las tiples Rosario Hueto, Romualda Moriones y Matilde Ortoneda, el tenor Octavio Tirado, el barítono Manuel Cresce, el bajo José Subirá y otros conocidos artistas, así como un numeroso cuerpo de coros, figuran en ella; contándose en su repertorio *Adriana Angot*, *La Marsellesa*, *Cuatro sacerdotas*, *Casamiento republicano* y tres ó cuatro obras más, nuevas en la Habana.

ALMANZOR.—Con tales antecedentes, es de augurarse buen éxito á la citada compañía; pero séame permitido manifestar mi extrañeza acerca de que, habiéndose hecho mención del teatro de la calle del Prado, se han olvidado ustedes de las representaciones de *Los siete dolores de María*, efectuadas últimamente, y en las cuales desempeñó á las mil maravillas su difícil papel la joven actriz Luisa Martínez Casado.

EL MORO MUZA.—Tienes razón, camarada, y propongo que se te consigne un voto de gracias, por tan oportuno como justísimo recuerdo.

ALHAMAR.—Señor presidente, pido la palabra, para decir á usted que en la noche del 25 del pasado, y después de repartido nuestro número anterior, fuí al Cerro.....

EL MORO MUZA.—Me alegro infinito.....

ALHAMAR.—Pare usted la jaca, señor presidente, pare usted la jaca, y déjese de bromitas, pues de seguro las suspenderá usted, tan pronto como sepa que se verificó, en el local que ocupa *La Caridad*, un brillante concierto, á beneficio del Sr. Constant Hayet, en el cual tomaron parte algunos *ellos* y varias discípulas del agraciado, de las más distinguidas. No podré olvidar fácilmente aquel dúo de *Rigoletto*, aquella aria de la *Figlia*, aquel *Roberto*, aquel dúo de *Norma*, aquel *Elisir d'amore* y aquella *Sonámbula*. En fin, señor presidente, estuvo tan bueno el concierto, que me ha hecho hablar á rat en la asamblea, cuando nunca digo ni esta boca es mía.....

SORBO.—También uno mi voto

Al de mi amigo,

Y aplaudo ese concierto

Que fué magnífico.

¡Qué bien cantaron!

¡Vamos! les digo á ustedes

Que me gustaron.

ABEN-ABEL.—Pues que de conciertos se trata, no me quedará yo callado, cuando grandes elogios merecen, y con gusto se los tributo, las veladas musicales que tienen lugar, los juéves, en los altos de Albisu, y en las cuales se han hecho dignas de celebraciones sin cuento las señoras Adán, Visconti y Ghione.

EL MORO MUZA.—Cese la música. Pronto terminarán las horas de reglamento, y deseo manifestar que los amantes del arte dramático están de enhorabuena, con la formación de una compañía que principiará sus tareas en el teatro de Albisu, el inmediato domingo de Pascua, bajo la dirección del simpático Baltasar Torrecillas. El drama *Rienzi el Tribuno*, de cuyo mérito tanto se ha ocupado la prensa madrileña, y la comedia de magia *La cierva del bosque*, nunca representada aquí, se cuentan en el repertorio de esa *troupe*, (con permiso de los afrancesados escritores) entre cuyo personal he visto con placer los nombres de Ana Suarez Peraza, Pablo Pildain, Eugenio Astol y Ricardo Valero. Vamos á tener una excelente temporada de verano. Y aquí concluyo..... no; aún tengo que recomendar una cosa á mis lectores: la asistencia esta noche al beneficio de Prats, y mañana á la última representación de *La vuelta al mundo*, en el expresado coliseo de D. José.